

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO C



3ª Lectura (Jn. 2, 1-12)

En Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos

«En aquel tiempo había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí; Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: –No les queda vino.

Jesús le contestó: –Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.

Su madre dijo a los sirvientes: –Haced lo que él diga.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una.

Jesús les dijo: –Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.

Entonces les mandó: –Sacad ahora, y llevádselo al mayordomo. Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo: –Todo el mundo pone

primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora.

Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él.

Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.» (Jn. 2, 1-12).

La narración de S. Juan en las Bodas de Caná se ciñe en su brevedad a dos puntos centrales:

1. La gloria de Jesús: Es el eje y la rama central de este pasaje evangélico. Por eso aparecen dos veces los discípulos: *al principio*, cuando son invitados, y *al fin*, cuando confirman su fe:

▶ **Principio:** «*Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos.*» (Jn. 2, 2).

▶ **Fin:** «*Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales (verdad respectiva del milagro, según la apologética). Y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos.*» (Jn. 2, 11).

El verso 11 resume el juicio teológico de S. Juan: la Gloria de Jesús.

2. La gloria de la “Madre de Jesús”: sin ser la rama eje, entra en la intención directa de S. Juan. La narración empieza con la presencia de “*la Madre de Jesús*”:

▶ **Principio:** Presencia de “*la Madre de Jesús*”:

▶ Ella se da cuenta de la falta de vino.

▶ Ella manifiesta esa falta a Jesús.

▶ Ella previene a los criados.

▶ La participación material de la Virgen María en el milagro es clara y decisiva.

En una narración breve, y en la que predomina un criterio de pura selección de personajes, objetos y acontecimientos, ¿por qué S. Juan acentúa tanto el papel de la Virgen María?

–Entre esta actividad en Caná y el misterio de la presencia de María en el Calvario existe una bella e interesante relación:

✓ En el Calvario María es proclamada *Madre de los creyentes*. En Caná María *obra como Madre*.

✓ El interés y la actividad material en favor de los jóvenes esposos lo muestra en funciones de *madre hu-*

mana, de ama de casa. El resultado mesiánico y cristológico de su influjo decisivo en el milagro, lo muestra en funciones de *Madre espiritual*.

- ✓ Ella ha tenido la dirección en el primer milagro con que Jesús muestra “*su gloria*” y por el que los discípulos empiezan a ser cristianos. Esta es la maternidad espiritual de la Virgen María. Este es el encargo que recibe de su Hijo moribundo: que revele al mundo la gloria del Unigénito y engendre en los hombres la fe de la vida.
- **Fin:** “*Bajó a Cafarnaúm con su Madre y sus hermanos y sus discípulos.*” (Jn. 1, 12). Ya tenemos la Iglesia en marcha.

Estas observaciones no pasaron desapercibidas al discípulo (S. Juan) que vio a María en Caná y en el Calvario.

AGUA	VINO
Antigua alianza.	Nueva alianza.
Hombre viejo.	Hombre nuevo.
Naturaleza.	Sobrenaturelaza.
Incolora, inodora, insípida	Color, olor, sabor.
En tinajas para purificaciones corporales de los judíos.	En el Corazón de la SS. Virgen María para purificar las almas.
No da fuerzas vitales, ni alegra el corazón.	Nueva vida de la gracia, alegría, sabiduría.

Se inicia la vida pública de Jesús con vino y agua, y se cierra con Sangre y Agua. El Evangelista S. Juan tuvo entonces su intencionalidad, que nosotros adoramos ahora.

La presentación que hace S. Juan de la SS. Virgen María en estas bodas, la inserta en la Iglesia con una función única y admirable: necesaria para la salvación.

“*Tres días después*”: Más que “*en aquel tiempo*”, expresión que recoge la liturgia de la palabra en la Sta. Misa, habría que precisar la intencionalidad de S. Juan al mencionar el tercer día: “*Tres días después*”. Con esta expresión está recogiendo una costumbre judía en torno al tercer día de la creación. Es en este día tercero cuando Dios por dos veces dice que “*estaba bien*” lo que iba creando, por dos veces se com-

place en su creación. De aquí que los judíos den importancia al tercer día de bodas.

El antisemitismo se burla del tercer día judío, es decir, del martes. El primer día es el domingo, el segundo es el lunes y el tercero es el martes. Y por ello se inventó el refrán: *“En martes ni te cases, ni te embarques, ni tu gocho mates”*.

“Había una boda”: Es en el contexto de unas bodas en el que se va a iniciar el establecimiento de la Nueva Alianza. La boda de Caná es terrena, pero tiene un alcance sobrenatural intentado por el evangelista S. Juan: las bodas eternas.

Otros datos anecdóticos circunstanciales de esta boda de Caná no interesan a la intencionalidad de S. Juan (o mejor, del Espíritu Santo por medio de S. Juan).

“En Caná de Galilea”: Curiosamente no es en Judea donde Jesús comienza sus milagros. Es en la pagana Galilea donde se abre paso el Evangelio hacia todas las gentes. Parece un preludio de la acogida de la salvación de parte de los paganos.

«LA BODA SE CELEBRABA EN GALILEA.

La boda no tuvo lugar en Jerusalén, sino fuera de Judea, como en una región pagana. Se trata de “la Galilea de los gentiles”, como dice el profeta (Is. 9, 1). Es claro que la sinagoga de los judíos rechazó al esposo celeste, mientras que la Iglesia de los gentiles lo recibió con enorme alegría.» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Juan, 2, 1; Pusey 1, 204).

“Y la Madre de Jesús estaba allí”: Aquí se introduce en escena a la Virgen María de un modo lacónico, sigiloso, pero relevante: tendrá trascendencia eterna.

La presencia de Jesús y María en las bodas, prototipo de la alianza entre Dios y su Iglesia, se va a dar en tierras paganas: Galilea, nuevo Sinaí.

“Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda”: Ya están en escena los que faltaban para formar la Iglesia, que se *aglutina* junto a Jesús y María. En este momento de las bodas *se consolidan*

las creencias de los discípulos: Iglesia naciente. *En el Calvario se funda la Iglesia.*

Y toda esta escena donde se inaugura la Nueva Alianza va a tener lugar fuera del pueblo elegido, Judea. Pero es aquí donde va a surgir la primera comunidad cristiana con los apóstoles, todos ellos galileos, excepto Judas.

“Faltó el vino”: El hombre siempre anda deficiente en las cosas divinas, prefiguradas por el vino que falta. Sin vino faltaba a la fiesta algo esencial y el desdoro iba a caer sobre aquella familia, que el Señor bendecía con su presencia. Pero la presencia de Jesús ahuyenta deficiencias y dificultades sonrojantes.

“Y la Madre de Jesús le dijo”: Alguien cuida amorosamente del hombre, prefigurado con las bodas terrenas. La maternidad solícita de la SS. Virgen, “*la Madre de Jesús*”, intercede por ti, aunque tú no acudas a su generoso auxilio.

Es de suponer que María SS. atendía en la cocina y ayudaba a los comensales. Aparece dando órdenes a los sirvientes: “*Haced lo que Él os diga*”. Por eso echa en falta el vino.

“No les queda vino”: La conciencia que tiene la Virgen María de la deficiencia del vino, durante las Bodas de Caná, deja sentado el presupuesto de que la falta del vino no es de Jesús y María: son los otros los que “*No tienen vino*”. *La deficiencia se refiere a ellos*, a los novios y comensales invitados, a todos los presentes; *pero no alcanza a Jesús y María, que sí tienen vino.*

El vino se termina en la presencia de Jesús y María. Al llegar aquí debo adelantar que la palabra “*vino*” tiene un alcance y contenido conceptual diverso según se refiera al vino de los novios, al vino de María, o al vino de Jesús:

1. Significado del vino para los novios

El vino de los novios es *poco, malo y se acaba*. En el plano teológico habría que decir que el hombre, en su *pretensión autosalvadora*, sólo había conseguido formular una parodia del auténtico plan de salva-

ción. Pero la realidad es que tal pretensión deja al hombre al descubierto: “*No tienen vino*”: ni el bueno, ni el malo: ¡nada!

La Virgen María recoge el deseo de la humanidad de llegar al auténtico vino de la gracia: ¡basta ya de sucedáneos estériles! María SS. aprovecha este acontecimiento de las bodas para interceder ante quien podía darlo. El deseo de la Virgen María es que el hombre tenga la vida que Ella es consciente de poseer. De aquí fluye un dato hermoso sobre la doctrina de la *Inmaculada Concepción* y demás prerrogativas marianas.

Los novios “*no tienen vino*”; Jesús y María, sí. ¿Cómo es que la Virgen María tenía vino? La redención no había tenido lugar, ¿cómo es que María había sido redimida? –Había sido preservada, es decir, es Inmaculada desde el primer instante. Y no sólo poseía este vino generoso, también estaba adornada con otros caldos muy bien graduados: su Maternidad Divina, Virginidad, Corredención...

¿Qué razón de ser tiene la intervención de la Virgen María ante su Hijo en estas bodas? ¿No había apreciado éstas y otras multiformes deficiencias entre los hombres durante los más de 30 años de la vida de Jesús? ¿De dónde que ahora se le ocurra manifestar falta tan bochornosa en aquellas bodas? –María SS. pensaba en la *deficiencia de otro vino, en la falta más grave de la humanidad: la vida divina*. Si dice a Jesús que “*no tienen vino*”, no se trata de un cotorreo femenino, o un simple comentario para matar el rato, puesto que dice a los “*servidores (διακόνους)*” [v. 5]: “*Haced lo que Él os diga*”. Este término (*διακόνους*) lo emplea S. Juan para designar a los “*discípulos*” de Jesús.

Al parecer la cosa va en serio. Lo que María SS. pide a su Hijo no es que se abstenga de poner rojos a los novios pidiendo vino, o de que vaya a la tienda para traerles unas botellitas. Entonces, ¿no es una osadía por parte de esta comedida “*Mujer*” la pretensión que ya se vislumbra? Es impensable en la Virgen María una acción desprogramada. *María SS. es consciente de su función de “Mujer”* (esposa) en aquellas bodas. ¿No se podría suponer que Jesús y María habían hablado anteriormente respecto a este acontecimiento? Aunque no es necesario, pues la Virgen María es consciente de su función de Madre.

‘La Virgen María había meditado en su corazón’ (cf. *Lc. 2, 19*) la función que iba a desempeñar la Madre del Mesías, la “*Mujer*” del Gé-

nesis (Gén. 3, 15), cuya prole, Jesús, había de triunfar sobre el enemigo, Satanás, que dejó sin el auténtico vino a la humanidad. Y María SS., obediente al plan trazado por Jesús, colabora en el acontecimiento de otro desposorio.

El divorcio que se produjo en la primera pareja (Adán-Eva) el día de sus bodas, había que restaurarlo en otras bodas (Jesús-María), pero no ya con estériles iniciativas autosuficientes: *“seréis como dioses”* (Gén. 3, 5), sino con la eficacia redentora de la nueva creación:

«Para esto ha llegado mi hora.» (Jn. 2, 4).

«Haced lo que Él os diga.» (Jn. 2, 5).

La Virgen María tiene que intervenir en este acontecimiento, largos siglos esperados, e interviene: *“No tienen vino”*. Eva intervino en la vida de Adán para la destrucción de la humanidad: *“dio de comer a Adán”* (Gén. 3, 6). La Virgen María interviene ahora en la vida de Jesús para la redención de los hombres: *“No tienen vino”*.

“Jesús le contestó: –¿Qué es para ti y para mí (el vino)?”: Dicho de otro modo: la palabra *“vino”* no significa lo mismo para ti que para mí. Delebecque afirma erróneamente que para la Virgen María el vino sólo sería el vino material, pero para Jesús sería el vino espiritual: apenas ha escuchado Jesús la palabra *“vino”*, piensa en el simbolismo del vino en la tradición bíblica.

Tiene Jesús ante su mirada los bienes mesiánicos, que ha venido a traerte y que precisamente se designan aquí mediante los símbolos de las bodas y del vino: el vino que se dispone a dar profusamente es el *“signo”*, símbolo de su misión.

Disiento de Delebecque y pienso que S. Juan, al elegir esta expresión de Jesús, no quiere manifestar tanto la diferencia entre el significado natural y teológico de la palabra *“vino”*, en relación con Jesús y María, pues *para la Virgen María también tiene el “vino” un significado teológico*, cuanto que la intención de S. Juan es la de asociar a Jesús y a María en un nivel teológico en relación con los novios e invitados.

Jesús eleva el sentido (simbolismo) del vino material al sentido espiritual, es verdad, pero también la Virgen María lo eleva; sin embar-

go, el término “*vino*” no es igual para los comensales, por un lado, y para Jesús y María (“*ti*” y “*mi*”), por el otro. Ellos darán el nuevo vino del Espíritu.

¿Por qué Jesús y María darán el nuevo vino (el bueno)? –Porque son los nuevos **Esposos de las Bodas Mesiánicas**. Y por eso Jesús llama a su Madre SS., “*Mujer*” (Esposa).

La expresión de la Virgen María: “*No tienen vino*”, referida a los esposos, hace responder a Jesús: “¿*Qué es para mí y para ti?*” (el vino, se entiende). “*Ti*” y “*mi*” son expresiones que suplantando a los esposos de las Bodas de Caná e introducen a Jesús y a María como los nuevos Esposos Mesiánicos y salvíficos.

2. Significado del vino para la Virgen María.

Por supuesto que para la Virgen María el vino que pide a su Hijo es de la misma naturaleza que el otro vino que se había terminado, pero aquí no termina todo, porque Jesús le dice a su Madre: “*no es lo mismo el vino para ti que para mí*”: “¿*Qué para mí y qué para ti, Mujer!*”. A la letra: “¿*Qué a mí y a ti, Mujer!*” (v. 4).

La Virgen María lo que pretende es que comience a llegar algo del mismo Dios a los hombres. *A los hombres les falta Dios* (no son “*como dioses*”), y María SS. se apresura a iniciar el proceso de unión. Esto mismo se desprende del diálogo de Jesús y María, los nuevos esposos de las nuevas bodas, que fueron prometidas como regalo de bodas a la falta de vino de Adán y Eva, cuyo divorcio la Virgen María se apresura a poner fin con un amor estable y compartido.

Dice la Virgen María: “*No tienen vino*”. ¡Pobrecillos! *Desean hacer el bien, pero no les alcanza y les sale mal*. Y responde Jesús: “*no es lo mismo para mí que para ti el vino, Mujer*”.

Jesús eleva los ánimos y pretensiones maternas de María SS. más alto todavía. Jesús dará más de lo que le pide su Madre SS. Y que *el vino no es igual para María SS. que para los comensales*, se desprende también de la paradójica expresión de “*Mujer*”. ¿Cómo a su Madre la llama “*Mujer*”? –Ella sustituye a la novia.

La auténtica Mujer (esposa) de las auténticas bodas es María SS. Esta Mujer tiene otra función, muy bien definida en la tradición bíblica: La Virgen María representa y personifica al pueblo elegido en el contexto de la Alianza, por eso la Virgen María utiliza la misma fórmula de la Alianza: *“Haced lo que Él os diga”* (v. 5).

Esta expresión es calcada de la profesión del pueblo elegido, la cual pronunció un día en el Sinaí:

«Nosotros haremos todo cuanto ha dicho Yahveh.» (Ex. 19, 8).

Con esta previsora fórmula hace la Virgen María su testamento en favor de los *“servidores (διακόνους)”* de Jesús, el Esposo. Ya no recogerán los Evangelios otra palabra de la Virgen María. Hermosa función de *“Mujer”*: Virgen, Esposa y Madre.

3. Significado del vino para Jesús

Si no es lo mismo el vino para Jesús que para María, ¿qué es el vino para Jesús? Jesús y María andan a desafío: ¡A ver quién da más! Cuando María pronuncia la palabra *“vino”* piensa en la reconciliación de los hombres con Dios, mediante el cumplimiento de su voluntad: *“Haced lo que Él os diga”*, pero Jesús piensa de inmediato en el simbolismo de que está cargada la tradición bíblica.

Todo esto apunta a lo que iba a venir, y que Jesús inaugura en estas bodas: *“Esto (lo del vino) hizo Jesús, como principio de las señales, en Caná de Galilea”* (v. 11); es decir, comienza su Evangelio, y el vino que dará será su Evangelio, culminado en su propia vida Teándrica y Trinitaria:

- Te dará al Padre: *“Subo a mi Padre y a vuestro Padre.”* (Jn. 20, 17).
- Te dará al Espíritu Santo: *“Si no me fuere, no vendrá a vosotros el Espíritu Santo; pero si me voy, os lo enviaré.”* (Jn. 16, 7).
- Te dará a su Madre como Madre tuya: *“He ahí a tu madre.”* (Jn. 19, 27).
- Te dará a su Iglesia: *“Y al punto brotó sangre y agua.”* (Jn. 19, 34).

- Te dio a sus discípulos: “*El que a vosotros escucha a Mí me escucha.*” (Lc. 10, 16).
- Te dio su Cuerpo: “*Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.*” (1 Cor. 11, 24).
- Te dio su Preciosa Sangre: “*Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.*” (1 Cor. 11, 25).
- Te dio sus ropas: “*Se repartieron sus vestidos, echando a suertes.*” (Mt. 27, 35).
- Te dio todo.
- ¡Qué no te dio! **¡¡¡Buen vino!!!**

En las bodas se da “**vino**”. San Juan entiende la historia de la salvación como unas bodas continuadas en las que hay un cambio de terno. Siendo tan largas (desde Adán a Jesús y desde Jesús a la parusía), se termina el vino, pero también se terminan los esposos, o por mejor decir, una pareja de esposos: los de la Antigua Ley: Adán-Eva.

Pero hay otra pareja de esposos superpuesta, que va a sustituir a los de Caná y que abrazan la historia desde Adán hasta la parusía. Estos son Jesús y María. Con ellos se termina el vino insulso de la Sinagoga, pero Ellos comenzarán a dar el bueno: “*has guardado el vino bueno hasta ahora*” (v. 10).

La Esposa anuncia que por fin ‘el vino se ha terminado’. ¡Gozosa noticia! Pero no puede estar la humanidad sin vino. Ha llegado la hora de dar el otro vino, el que contiene la Vida Eterna.

S. Juan dirá 70 años después de las bodas de Caná: “*Esto es lo que hizo Jesús como principio de los signos*”: dar el vino que se da en las bodas. Pero ahora da el bueno y para siempre. Dios guardó el vino bueno hasta ahora. “*Todos dan primero el bueno, y cuando están bebiendo el peor*”. Pero este Esposo hizo al revés:

- Primero el peor, el vino de la *Ley*, y luego el mejor, el super-vino de la *Gracia*.
- Primero el de la *esclavitud*, luego el de la *filiación*.
- Primero el de la *humanización*, luego el de la *divinización*.

El tiempo que duran estas bodas ya no es el de un día, sino el de una historia: desde Adán a la parusía. Por eso la historia es “*Historia de*

la Salvación". No es, pues, Adán el que representa a Jesús en la historia de la salvación, es Jesús el que representa a Adán, y lo sustituye. ¡Bendito sea Dios!

"Jesús le contestó": Es la respuesta que le da el nuevo Adán a la nueva Eva: Si Eva engañó a Adán con un vino falso, María le anuncia a Jesús que se ha acabado la farsa. Y si Adán comió la farsa y guardó silencio, Jesús va a responder restaurando el manjar fatuo de Eva por el que pide María SS.

"Mujer": Jesús introduce a su SS. Madre como Madre tuya: *"Mujer"*. Si Jesús la hubiese llamado *"Madre"*, te habría descalificado de su Maternidad espiritual.

Jesús evoca con la palabra *"mujer"* a la *"mujer"* del Paraíso:

«*Enemistad pondré entre ti y la **mujer**, y entre tu linaje y su linaje.*» (Gén. 3, 15).

María SS. es la Madre del linaje celeste, como la serpiente lo es del terrestre, del que se arrastra por el suelo y come polvo:

«*Maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. **Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.***» (Gén. 3, 14).

Jesús y María, en un mano a mano, incoan el proceso salvífico:

- **María**: *"No tienen vino"*.
- **Jesús**: *"¡Mujer!"*

El título de *"Mujer"*: El hecho de que Jesús no llame a María SS. *"Madre"*, sino *"Mujer"*, no se trata de un despiste o un reproche. Debemos tener presente que, a partir de este momento, Jesús *comienza* a manifestarse como Mesías, y que por esta razón las relaciones entre Él y su Madre SS. no son ya las mismas: no son simplemente las relaciones de un hijo con su madre.

Jesús comienza a ejercer en este momento una función distinta de la que traía hasta ahora (comienza aquí la función mesiánica), y esto es

muy importante: al dirigirse a su Madre como “*Mujer*” implica directamente a María SS. en su misión. Con esta denominación, Jesús se distancia ciertamente de su relación anterior con su SS. Madre, la relación Madre-Hijo; pero, al mismo tiempo, abre una nueva perspectiva: inicia con Ella (más allá de su maternidad familiar) una relación distinta en el ámbito del misterio de la salvación.

La Virgen María, como “*Madre*”, es “la imagen de la Sinagoga”. Sto. Tomás, citando a S. Juan Crisóstomo, se pregunta por qué la Virgen María invita a Cristo a hacer un milagro. Responde:

“Ella lleva en sí la imagen de la Sinagoga, que es la madre de Cristo. La Virgen María, pues, simboliza la Sinagoga, la “Hija de Sion”, la “Madre Sion.”» (STO. TOMÁS DE AQUINO).

Jesús, por una parte, es hijo del pueblo de Israel, y por otra, es hijo de la mujer que se llama María, personificación y símbolo de la Sion mesiánica:

«Quien acoge a la Madre del Señor, acoge simbólicamente al pueblo de los santos patriarcas, de los profetas y de todos los justos, el pueblo del que, como dice el Evangelio, el mismo Señor tomó carne.» (GAUDENCIO DE BRESCIA).

«En sus gestos y en su diálogo, la Virgen María y Cristo trascienden ampliamente el plano humano y material de aquella fiesta, suplantan a los jóvenes esposos de Caná, para venir a ser el Esposo y la Esposa espirituales del banquete mesiánico.» (J. P. CHARLIER).

La sustitución de la esposa de las Bodas de Caná por María SS. aparece con toda claridad en el texto evangélico cuando Jesús llama a su Madre “*Mujer*” (“*Esposa*”).

«No podía escogerse un término más apropiado para dar a entender la función de Esposa confiada a María.» (J. P. CHARLIER).

De este modo, María SS. se comporta como estrecha “colaboradora” de Jesús en la preparación del “*vino bueno*”, el signo de las bodas mesiánicas:

«En su calidad de Esposa, ella es la primera colaboradora de Cristo... En cuanto Esposa de Cristo, se hace verdaderamente una ayuda semejante a Él (cf. Gén. 2, 19). En Caná, Ella le ayuda a preparar el vino, a aderezar la mesa del banquete y dirige el servicio de la casa (cf. Prov. 9, 1-5)... Ya en la hora en que se realiza el signo, Juan nos muestra a la Virgen-Esposa integrada de la manera más profunda en el plan redentor.» (J. P. CHARLIER).

Adán hizo lo que dijo Eva, y murió. Ahora María SS. deshace la obra de Eva diciendo al hombre que haga lo que dice Dios, y todos vuelven a la vida, que nos había arrebatado Eva. Pero el nuevo Adán, al hacer lo que le dijo la nueva Eva, también murió.

La Virgen María, en efecto, dice a los “servidores”: “*Haced lo que Él os diga*” (Jn. 2, 5). Eso significa, en el plano del simbolismo, que ella les impulsa a adoptar la verdadera actitud de la Alianza, de la obediencia a Dios en Cristo. Y el hecho de que S. Juan llame “servidores (διακόνους)” a los que servían a las mesas de la boda de Caná es una referencia explícita a los verdaderos “discípulos” de Jesús.

Hay otro tema que se sugiere discretamente en el relato de Caná: el de la Maternidad espiritual de la Virgen María con respecto al nuevo pueblo de Dios. En la tradición bíblica, la “*Hija de Sion*” se representa con frecuencia en su función maternal:

«*Pero de Sion se ha de decir: “Todos han nacido de Ella”, y quien la funda es el propio Altísimo.*» (Sal. 87, 5).

“*Déjame*”: La traducción no es muy afortunada. En verdad que no tiene una interpretación fácil. El texto dice: “τί ἐμοὶ καὶ σοί”. Que al pie de la letra sería: “¿qué a mí y a ti?”, que sería tanto como decir: “¿qué para mí y qué para ti!”. Dejando la literalidad, y con una expresión más inteligible para nosotros, diríamos: “no es lo mismo el vino para ti que para mí”.

“*Todavía no ha llegado mi hora*”: Surgen con esta expresión de Jesús dos interpretaciones: una negativa e interrogativa y otra positiva-enunciativa:

1. Interpretación negativa e interrogativa: A esta respuesta difícil se ha querido dar una interpretación negativa, e interrogativa en la 2ª parte: “¿no ha llegado mi hora?” En este caso el texto vendría a ser más o menos así:

- ▶ **María:** “No tienen vino”, intervén sobrenaturalmente.
- ▶ **Jesús:** “Sí, lo haré”: “¿Qué discrepancia u oposición puede haber entre tú y yo?” Precisamente para hacerlo, “¿no ha llegado mi hora?” Puedo y debo comenzar la manifestación gloriosa de mi vida de Mesías.

Para algunos autores (Vauhoye) es una expresión interrogativa: “¿No ha llegado mi hora?” Cuando en el Nuevo Testamento el adverbio “*οὐπω* (aún no)” se encuentra al principio de una proposición que sigue a pregunta, entonces esta segunda proposición es también una pregunta: “¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? ¿No ha llegado mi hora?”

Si leemos el texto de esta manera, entonces significa en realidad: “Ha llegado ya mi hora”, no de manera plena todavía, sin duda, pero realmente como un principio.

“No es lo mismo el vino para ti que para mí”: Precisamente de esta otra función de “Mujer”, distinta de la mujer de las Bodas de Caná, de la que no se ha escuchado ni una sola palabra, encontramos nosotros diversificado el contenido de la expresión “vino”, que no será lo mismo para Jesús que para María. Un silencio descalificador se cierne sobre la presencia de Eva en la historia de la humanidad, ahora la protagonista es María SS.

Y que Jesús va a acceder a su solicitud, lo vemos en esta misma expresión de “Mujer”. Efectivamente, Madre, haré lo que pides, y aún mucho más, puesto que tú eres la Esposa y yo soy el Esposo que “ha guardado el vino bueno hasta ahora” (v. 10), para esta ‘hora’: “¿para esto no ha llegado mi hora?”

El nuevo Adán, Jesús, va a acceder a la solicitud de la “Mujer”, la nueva Eva, María. Con esta maniobra se deshace aquella otra maniobra del Paraíso por la que Adán accede a la solicitud de Eva para nuestra muerte.

Pero esta interpretación nos resulta un tanto desconcertante en relación con la tradición, que usa de modo constante el término “*οὐπω* (nondum, en latín, “aún no”, o “todavía no”) en S. Juan como enunciativo y nunca interrogativo. Sin embargo, esta interpretación aclara no poco toda la perícopa.

2. Interpretación positiva-enunciativa: A ti y a mí nos toca ahora obedecer a la voluntad del Padre, pues estoy todavía sujeto a la condición humana. Ahora el Hijo vive **“la hora del Padre”**, que es la obediencia hasta la muerte, y la Madre debe ocultarse. Cuando llegue **“la hora del Hijo”**, “la Madre de Jesús” será proclamada y empezará a obrar como **“la Madre de los discípulos de Jesús”**. “La hora de Jesús” será “la hora de María”, como lo testimonia toda la historia de la Iglesia.

El día que llegue mi hora de la plena glorificación (con la muerte y resurrección) entonces podrás pedir milagros y yo podré hacerlos sin más, porque tendré mayor autonomía, pero ahora nos toca ver y obedecer la voluntad del Padre.

Pero Jesús ve en la petición de la Madre, la voluntad Omnipotente del Padre. Por eso hace el milagro y adelanta la hora reservada para su glorificación, pero sólo en cuanto que es voluntad del Padre, obtenida por María, y sólo para este momento de las bodas.

Los pronombres *“ti”* (María) y *“mí”* (Jesús) expresan la asociación íntima de la Madre y del Hijo en la obra redentora. Forman los dos como un mundo aparte en el que no ha podido penetrar el frío reptil.

Esta frase es la manifestación del poder de intercesión de la SS. Virgen ante su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Se entiende esta frase con aquella otra del Cantar de los Cantares:

«Retira de mí tus ojos, que me subyugan.» (Cant. 6, 5).

Se interpretaría: si me miras, me enamoras. De la misma manera, de la frase: *“Déjame, todavía no ha llegado mi hora”*, podemos interpretar: Si me pides, no me puedo negar; porque ejerces tanto poder en mí, que, aunque no sea mi hora, por el mero hecho de pedírmelo tú, veo en ello la voluntad omnipotente del Padre. Por eso la Virgen María es la omnipotencia suplicante.

Jesús vive siempre con la mirada puesta en *su hora*. Su hora no es la del milagro, ni aquella de la predicación, ni la otra de la oración... Su hora es la de la Pasión y Glorificación junto al Padre.

Esta es tu hora, hermano. No la pierdas. ¡Bendita Cruz!: ¡tu hora!
¡Vívela!

“Su Madre dijo a los sirvientes”: Después de dirigirse a su Hijo natural, la Madre de Dios se dirige a sus otros hijos de adopción, los servidores de Dios.

“Haced lo que Él os diga”: El aviso de María a los sirvientes revela dos cosas:

1. Que Jesús accede a la súplica.
2. Que Jesús va a hacer algo fuera de lo común, y que podría desconcertar a los sirvientes: mandar llenar las hidras de agua cuando ya no hacía falta, pues las purificaciones eran para el principio del banquete, podría parecer extraño.

La SS. Virgen en su discreción *previene toda dificultad*: “Haced lo que Él os diga”. Su pretensión es la de evitar que pongamos obstáculos: “Haced lo que Él os diga”.

La Virgen María sigue obrando en el hoy de la Iglesia de igual suerte que en las Bodas de Caná para con sus hijos, en orden a que Jesús pueda obrar su milagrosa salvación con toda facilidad.

La Virgen María es eficaz y discreta en su intervención. Su influjo en el primer milagro es realmente decisivo.

La Virgen María siempre lleva a las almas hacia Jesús, al cumplimiento de sus preceptos. Una devoción a María SS. despojada del compromiso evangélico es una pseudomística. Sin embargo, hay que concluir diciendo que cuando la Virgen María dice al alma: “Haz lo que Jesús te diga”, da, conjuntamente con esta iluminación del entendimiento, una moción eficaz en la voluntad para cumplir los preceptos divinos. De aquí la importancia de la oración perseverante, confiada y filial.

“Haced lo que Él os diga” Son las mismas palabras que dijo el Faraón al pueblo de Egipto cuando sintió hambre por falta de pan, lo remitió a José:

«Toda la tierra de Egipto sintió también hambre, y el pueblo clamó a Faraón pidiendo pan. Y dijo Faraón a todo Egipto: “Id a José: **haced lo que él os diga.** –El hambre cundió por toda la haz de la tierra.– Entonces José sacó todas las existencias y abasteció de grano a Egipto. Arreciaba el hambre en Egipto; de todos los países venían tam-

bién a Egipto para proveerse comprando grano a José, porque el hambre cundía por toda la tierra.» (Gén. 41, 55-57).

El que la Virgen Santísima haya querido renovar la expresión del Faraón para abastecer a su pueblo de pan por manos de José, indica bien a las claras cuál es la pretensión de nuestra Madre remitiéndonos a su SS. Hijo para no perecer eternamente.

“*Haced lo que Él os diga*” son las últimas palabras de la Virgen María en el Evangelio, son como su *testamento espiritual*. Pueden ponerse en paralelo con la fórmula de la Alianza:

«Nosotros haremos todo cuanto ha dicho Yahveh.» (Éx. 19, 1-8).

«María pide, pues, a los “servidores” que adopten con respecto a Jesús una actitud que es, en realidad, la actitud de la Alianza, es decir, la sumisión perfecta a la voluntad de Dios, expresada aquí en la orden dada por Jesús.» (Esta interpretación fue asumida por PABLO VI como conclusión de su Exhortación Marialis Cultus).

La Virgen María es la que ejecuta siempre perfectamente lo que el Padre quiere. Cumplir la voluntad de Dios es la única manera de fundar una nueva comunidad en torno a Jesús, la nueva comunidad de la Alianza.

MATERNIDAD ESPIRITUAL DE LA VIRGEN MARÍA

Y porque no se puede entender las Bodas de Caná sin comprender la realidad del Calvario, te diré algo al respecto.

“*Haced lo que Él os diga*”: expresa la maternidad espiritual de la Virgen María, la cual tendrá su expresión oficial y solemne en la Cruz de su Hijo.

«Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús, pues, viendo a la Madre, y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dice al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió como algo propio.» (Jn. 19, 25-27).

1) Esquema revelacional

Esta es una fórmula técnica (un “esquema de revelación”) que se presenta hasta 4 veces en el evangelio de S. Juan:

1. Cuando Juan el Bautista descubre a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. Jn. 1, 29, 36).
2. Cuando Jesús descubre a Natanael como un israelita de verdad, en quien no hay engaño (cf. Jn. 1, 47).
3. Cuando Jesús descubre en el discípulo al hijo de María (cf. Jn. 19, 26).
4. Cuando Jesús descubre en María, a la Madre del discípulo (cf. Jn. 19, 27).

Estos esquemas se componen de 4 elementos:

1. Las personas “A” y “B”.
2. La persona “A” ve a la persona “B”.
3. Mirando “A” a “B” dice: “*he ahí (ἴδε)*”.
4. “A” anuncia o revela algo (un título) de la persona “B”.

En Jn. 1, 36, Juan Bautista vio a Jesús que pasaba y dijo: “*He ahí el Cordero de Dios*”. Aquí se revelan los 4 elementos del esquema de revelación:

1. Juan y Jesús.
2. Juan mira a Jesús.
3. Juan dice: “*He ahí...*”
4. Revela al “*Cordero de Dios*”

Juan Bautista revela que el desconocido que pasa es el Mesías de Israel.

En la escena que tiene lugar al pie de la cruz (Jn. 19, 25-27), el evangelista usa una fórmula semejante. Jesús, poco antes de morir en la cruz, revela que su Madre será también desde ahora la *Madre del “discípulo”*, y que éste, como representante de todos los “discípulos” de Jesús, será desde ahora el hijo de su propia Madre.

Dicho de otro modo: Jesús revela una nueva dimensión de la maternidad de María, una dimensión espiritual, y una nueva función de la Madre de Jesús en la economía de la salvación; pero, de manera correlativa, revela al mismo tiempo que la primera tarea de los discípulos consistirá en ser “*hijos de María*”.

Eva antes de ser madre (antes del pecado) fue llamada **“mujer”** (varona). Después fue la *madre* de los que viven: Eva.

María antes de ser Madre de la Iglesia fue llamada **“Mujer”** (antes de la redención del pecado). Después fue la **Madre** de los engendrados a la vida divina por la gracia.

¿Cuándo comienza a ser Madre? –En el mismo momento en que Jesús pronuncia la frase: *“Mujer, he ahí a tu hijo”*.

Esta frase es como las palabras de la Consagración en la Sta. Misa: *“Esto es mi cuerpo”*. Lo que en un principio es pan, se transforma por la palabra de Jesús, o del sacerdote, en el Cuerpo de Cristo. Así María, que comienza siendo mujer (= esposa de Cristo), termina siendo Madre de la Iglesia, representada por Juan.

Allí estaba su Madre, pero la llama **“Mujer”**, porque ha sido transformada en **“Esposa”**.

Lo mismo hay que decir de la frase: *“Hijo, he ahí a tu Madre”*. Juan ya es hijo de Jesús, pues la frase anterior lo constituye en tal; ahora se le indica quién ha quedado constituida en su Madre.

Así tenemos el doble elemento de la Consagración de la humanidad, como en la Eucaristía el Cuerpo y la Sangre de Cristo:

- **“He ahí a tu Hijo”** - **“He ahí a tu Madre”**.
- *“Esto es mi Cuerpo”* - *“Esta es mi Sangre”*.

El carácter estereotipado y enfático de la fórmula *“el discípulo que Jesús amaba”* (*“ὁν ἠγάπα, a quien amaba”*), aunque es Juan, sin embargo, intencionadamente jamás lo cita por su nombre el Evangelio de S. Juan. Es como si quisiera sugerir que, en este momento, no interviene en calidad de persona individual. Esta fórmula no expresa tanto un amor de predilección por el discípulo, cuanto una explicación que tiene por objeto *situar al discípulo en la esfera del agape*.

Los “discípulos” en general son los *“amigos de Jesús”* (cf. Jn. 15, 13-15). *“El discípulo que Jesús amaba”* representa, pues, a todos los discípulos de Jesús, quienes, como tales discípulos, son acogidos en la

comuni3n con Cristo. (Esta interpretaci3n aparece tambi3n, en m3s de una ocasi3n, en las enc3clicas pontificias; entre otras, en las de Le3n XIII).

“*El disc3pulo amado*” es hombre de fe, no tiene necesidad de pruebas (cf. Jn. 20, 8), es testigo del misterio de la Cruz (cf. Jn. 19, 35). Al pie de la Cruz el disc3pulo amado se hace *hijo de Mar3a*, la Madre de Jes3s, se hace como representante de los disc3pulos que han venido a ser hermanos de Jes3s (cf. Jn. 20, 17).

2) El t3tulo de “*Mujer*”

Jes3s se encarna en la vida de la Madre y del hijo (Juan). Desde ahora *Mar3a hallar3 a Jes3s en el disc3pulo*, a quien podr3 llamar con propiedad hijo. Lo hallar3 roto y crucificado y hasta muerto, pero aqu3 lo hallar3. Por eso la Virgen Mar3a busca al pecador para resucitar a Jes3s muerto, por eso la Virgen Mar3a busca al disc3pulo para configurar en 3l la imagen perfecta de Jes3s.

Desde ahora *el disc3pulo hallar3 a Jes3s en Mar3a*, a quien podr3 llamar con propiedad Madre. Lo hallar3 perfecto y glorioso, pero s3lo aqu3 lo hallar3. Por eso el disc3pulo debe buscar a Mar3a para unirse a Jes3s.

a) *Madre y arquetipo de la Iglesia*

Junto a la Cruz de Jes3s, Mar3a es incorporada a la misi3n mesi3nica de su Hijo. Se encuentra all3 representada como la “*Madre*” de los *disc3pulos de Jes3s*; as3 se prolonga en Ella la funci3n de la “*Hija de Sion*” del Antiguo Testamento.

Ella es la Madre de Jes3s y de sus disc3pulos, pero es tambi3n la *Consummatio Synagogae*, la *Ecclesiae Sanctae nova inchoatio*, el “arquetipo” de la Iglesia (el fin de la Sinagoga, el inicio de la Iglesia nueva, el modelo de la Iglesia).

Las nuevas relaciones entre la “*Mujer*” y el “*disc3pulo*”, que se establecen al pie de la Cruz, en virtud de las palabras de Jes3s, son la manifestaci3n del amor extremo de Jes3s en el momento de su hora (cf. Jn. 13, 1). Estas nuevas relaciones constituyen la verdadera base de la unidad de la Iglesia.

Recapitulando estas consideraciones, vemos con claridad que la Madre del Señor y el discípulo amado representan a la Iglesia y a sus miembros en la “nueva creación” que ha recibido del Espíritu Santo.

Juntos personifican a la Iglesia, aunque de manera diferente. El discípulo que Jesús amaba simboliza a los “discípulos de Jesús”, es decir, a todos los creyentes, a la Iglesia. María SS. simboliza a la Iglesia misma en su función materna. La Virgen María es la imagen de la Iglesia y la Madre de todos los creyentes. Comprenderás la maternidad de la Iglesia meditando la maternidad de María SS., Madre del Señor y Madre del discípulo amado.

La Iglesia, representada en el discípulo, debe acoger a María como a Madre: “*He ahí a tu Madre*”. María es, pues, “*la Madre de la Iglesia*”.

b) San Juan recibe a la Virgen María

«*Y desde aquella hora el discípulo la acogió como algo propio.*»
(Jn. 19, 27).

“*Εἰς τὰ ἴδια*”, significa, con frecuencia, “*en la casa*”, “*en su patria*”, etc. La expresión se emplea siempre con un verbo que describe un desplazamiento material (regreso a la casa, por ejemplo). Pero en la escena de la Cruz el verbo “*ἔλαβεν (acogió)*”, no describe un desplazamiento material. Este verbo significa el *principio de una actitud de fe*; se trata de un “movimiento” espiritual: acoger. Es la *primera etapa en el itinerario de la fe*.

Ciertamente no se hace referencia a una “*casa*”, sino a lo que es “*propio*” del discípulo, como lo sugiere la utilización reiterada de la expresión “*τὰ ἴδια*” en S. Juan:

«*Cuando ha sacado fuera todas las suyas (“τὰ ἴδια”), va delante de ellas (de sus ovejas), y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.*»
(Jn. 10, 4).

La preposición “*εἰς (en)*” describe un movimiento hacia el interior: acoger a la Virgen María como Madre propia, o como lo más pro-

pio, o lo más íntimo; es decir, entre sus bienes espirituales, en su vida de fe.

Esta interioridad del discípulo amado no es otra cosa que su disponibilidad a abrirse en fe a las últimas palabras de Jesús: “*He ahí a tu Madre*”, y a poner en práctica el testamento espiritual de Jesús en la cruz, haciéndose hijo de la Madre de Jesús, acogiéndola como a su propia Madre.

La fórmula “*εἰς τὰ ἴδια*” presenta un claro paralelismo con el versículo 11 del prólogo: “*Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron*” (Jn. 1, 11). Jesús, cuando tuvo lugar la Encarnación, vino a los suyos (sus propios dominios): “*εἰς τὰ ἴδια*”. Es literalmente la misma fórmula.

El “*dominio propio*” de Jesús no es un lugar (la casa), sino el pueblo de Israel. La idea de “*dominio*”, de “*su posesión*”, ocupa el primer plano. Este dominio es el “*suyo*”; está constituido por “*los suyos*”, que acogen o que no acogen al Mesías. Se trata también aquí de una actitud de fe:

«*Les dio poder de hacerse hijos de Dios a los que creen en su nombre.*» (Jn. 1, 12).

3) El rostro Mariano de la Iglesia

Jesús habría podido decir a su Madre María que observara todo lo que el apóstol Juan le mandase hacer: “*enseñandoles a guardar todo lo que yo os he mandado*” (Mt. 28, 20). Pero ¿nada de esto encontramos! ¿Quién es aquí la figura principal? –No lo es el discípulo Juan, sino la “*Mujer*”: la Madre María.

En cuanto al “*discípulo que Jesús amaba*”, la única misión que recibe de Jesús es la de tener a María SS. por Madre. *Su primera tarea no es ir a predicar el Evangelio, sino hacerse “hijo de María”*. Para S. Juan y para todos los discípulos de Jesús, es más importante ser creyente que apóstol.

La misión apostólica le será confiada más tarde, después de la Resurrección:

«*Jesús les dijo otra vez: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.”*» (Jn. 20, 21; cf. 21, 20-23).

Pero ser hijo de María y de la Iglesia-Madre es el primero y más fundamental aspecto de toda su existencia cristiana.

En el Calvario la Iglesia nace en estas dos personas, en esta Mujer y en este discípulo, María SS. y S. Juan, que simbolizan a la Iglesia. Los que creen vendrán a ser hijos de Dios y hermanos de Jesús, haciéndose hijos de la Virgen María e hijos de la Iglesia.

El relato joánico de la Pasión termina con el episodio sugestivo del Costado traspasado: “(Ellos) *miraban al que traspasaron*” (Jn. 19, 37). Pero ¿quiénes son “ellos”? –Dos personas presentes al pie de la Cruz: la Madre de Jesús y el discípulo amado de Jesús: toda la Iglesia.

En esa mirada de la Virgen María y del discípulo al costado abierto de Jesús, se descubre a María ejerciendo ya su papel de Madre. Viene a confirmarse así un nuevo paralelismo con las bodas mesiánicas (de Caná). María dijo a los “*servidores*” que hicieran todo lo que Jesús les dijera. Sus palabras tenían por finalidad orientar a los servidores hacia Jesús y constituir de este modo el nuevo pueblo de Dios.

La Madre de Jesús y el discípulo amado de Jesús al pie de la Cruz, con la mirada fija en el costado atravesado de Jesús (hacia la puerta de la vida ya abierta), forman conjuntamente la imagen de la Iglesia-Esposa, orientada hacia su Esposo, Cristo.

La vida profunda de Jesús, la de su Corazón, simbolizada por el agua del Espíritu que sale de su costado, viene a ser la vida de la Iglesia; el Corazón de Jesús se hace el Corazón de la Iglesia.

El discípulo ya fija la mirada en el Corazón de Jesús, pero lo hace gracias a la mirada de la Madre de Jesús, ahora su Madre, del mismo modo que las palabras de la Virgen María en Caná orientaron a los servidores hacia Jesús: “*Haced lo que él os diga*”.

En las Bodas de Caná la Madre de Jesús pone proyección de la Iglesia hacia Jesús, pero ahora es la Iglesia la que ingresa en el Corazón de Jesús acompañada de la Virgen María.

La Iglesia nació del Costado atravesado de Jesús, pero en este nacimiento de la Iglesia es María SS. la que ejerce la función de Madre: con su fe y con su mirada fija en la llaga del Costado abierto de Jesús, invita a los creyentes, sus hijos, a acercarse al Corazón de Jesús, a este Corazón donde la Iglesia habita en su misterio.

Cuando abrieron su Corazón, ya tenía Jesús preparada la morada, y abrió la puerta a su Esposa, que miraba conmovida. Así, gracias a Jesús, pudo la Esposa entrar y pudo Jesús acogerla. Así pudo la Esposa habitar en Jesús y Jesús en la Esposa.

Merece la pena esta larga digresión para profundizar un poco en el misterio de las Bodas de Caná, donde se inicia el proceso de la restauración de la humanidad con la Madre de Jesús, que obra ya como Madre de la Iglesia, y que recibirá la maternidad de la humanidad en el capítulo de la cruz.

“Había allí colocadas seis tinajas de piedra”: El número seis es de imperfección, es una pretensión frustrada de perfección, la frustración de perfección del número siete (número de perfección). Es un querer y no poder llegar.

Se le atribuye el número seis a Satanás por su pretensión frustrada de divinidad:

«*Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia (de Satanás); pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666.*» (Ap. 13, 18).

En este pasaje de las Bodas de Caná, parece que el evangelista S. Juan alude a la pretensión autosalvadora de Adán, y luego de su proge humana. No consiguieron salvarse. Se ha hecho un remedo de salvación, pero no hubo salvación.

El “*seréis como dioses*” (Gén. 3, 5) no ha sido verdad. Pero ahora aparece en verdad Dios y se servirá de la imperfección de la naturaleza humana (“*6 tinajas*”) para salvar en verdad al hombre de su pecado.

Las “*seis tinajas*” recuerdan los seis días de la creación. Le falta a la creación el séptimo día, donde toda entera entrará en el descanso del Señor, pero el hombre pretendió salvarse sin Dios. Pues bien, Cristo

Jesús retomará la obra pecadora del hombre (seis tinajas vacías, sin nada) para purificarla y transformarla en el vino nuevo de la salvación.

“Para las purificaciones de los judíos”: Antes de las comidas se purificaban los judíos en el agua que contienen estas tinajas. Los hombres no tenemos otra cosa que esos recipientes para purificarnos: ¡muy poco! Pero el Señor se conforma con ese poco.

Como Jesús vea en ti capacidades para la purificación, te las colmará con esa Agua Viva que todo lo sana, pero tú debes hacer cuanto esté en tu mano:

“Haz lo que puedas y pide lo que no puedas, para que Dios te conceda lo que para el hombre es imposible” (S. AGUSTÍN).

“De unos cien litros cada una”: De una capacidad de “dos o tres metretas” (“μετρητὰς δύο ἢ τρεῖς”). La metreta ática es una medida de 40 litros. Así que en cada tinaja cabían entre 80 y 120 litros de capacidad.

La predicación de la Iglesia ha querido aprovechar esta imprecisión de “dos o tres metretas” para redondear en 100 litros, y de aquí hacer teología: el número 100 es número de multitud. Multiplicando las “6 tinajas” por 100 (número de multitud) nos da un total de 600 litros de capacidad, es decir, imperfección múltiple. Nuestra plenitud (100) está frustrada (6). La capacidad que tiene el hombre para purificarse es nula sin la intervención de Jesús, pero Jesús hará que lo imposible para el hombre ($6 \times 100 = 600$ l. de agua), lo convierta en posible (vino).

La interpretación es ingeniosa, y aunque no haya sido esa la intencionalidad del evangelista S. Juan, sin embargo, la doctrina corresponde a la realidad.

“Jesús les dijo: –Llenad las tinajas de agua”: No desprecia Jesús las purificaciones judías, pues, aunque no lavan el alma, sin embargo, expresan una realidad más profunda, que sólo Jesús puede hacer, y hará: purificar las conciencias de todo pecado.

Llenar de agua las tinajas es la parte que les corresponde a los “sirvientes”, y Jesús les invita para que lo hagan. Pero el vino lo proporciona Dios, no los “sirvientes”.

“Y las llenaron hasta arriba”: Los “*servientes*” fueron buenos operarios: “*hasta arriba*”. La mezquindad de la sinagoga cede ante la generosidad de los nuevos “*operarios*” (“*diáconos*”), que ya se perfila aquí con trazos de esplendor.

El que el agua llegue hasta arriba asegura que no haya fraude y que el milagro quede suficientemente probado por la constatación de todos los que circundaban las metretas.

“Entonces les mandó”:

- Sacad ahora.
 - Ellos sacaron al instante.
- Llevádselo al mayordomo.
 - Se lo llevaron al mayordomo.

El mandato divino fue cumplido a la perfección. La desobediencia de Adán comienza ya a subsanarse con la presencia de Jesús en la historia de la humanidad.

“Sacad ahora”: ¿Sacó Adán salvación de los odres de la humanidad? –No. Pero al llegar Jesús comienza a ser verdad la salvación. Ahora sí: “*sacad ahora*”.

“Y llevádselo al mayordomo”: Quiere Jesús que sea el organizador del festejo quien testifique de modo autorizado el milagro que se ha producido. Si algún comensal estaba mareado por el vino, el maestresala no lo estaba, y, por lo tanto, su palabra tiene autoridad acreditada. Por otra parte, es al maestresala a quien le corresponde probar y juzgar la calidad de los servicios de comida y bebida en las bodas.

Como el mayordomo ignora la procedencia del vino, puede proclamar con libertad la realidad que ha traído Jesús: “*has guardado el vino bueno hasta ahora*”. El vino de la salvación que había antes era poco, malo y se acabó.

“Ellos se lo llevaron”: Ha querido destacar S. Juan Evangelista la eficacia en el cumplimiento del deber de los servidores (diáconos), como respuesta al aviso que les había hecho la SS. Virgen María de que hiciesen lo que Jesús les dijese.

“El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua”: Al mayordomo le corresponde probar y aprobar los alimentos y bebidas. Jesús respeta este orden. Pero el mayordomo no sabe de dónde viene el vino: ¿ha tirado S. Juan un arpón a la soberbia humana que ignora de dónde viene la salvación? Pero los “*sirvientes*” (“*diáconos*”) sí lo saben. ¿Están por encima del mayordomo los sirvientes? El Nuevo Testamento supera en mucho al Antiguo:

«*En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.*» (Mt. 11, 11).

El mayordomo estaría aquí tipificando la sinagoga, y los sirvientes a la Iglesia.

Lo importante es que el mayordomo “*pruebe*” el “*vino*”. Como este “*vino*” es de calidad, no hay peligro de que el mayordomo lo rechace. Pero si no llega a probar el vino, no lo habría valorado. De la misma manera, los judíos que probaron el evangelio de Jesús se aficionaron a él, pero los que no cataron este caldo, se ofuscaron con el vino malo, que, además, se acabó.

“Y entonces llamó al novio y le dijo”: El mayordomo sabe distinguir entre el buen vino y el malo, y como ignora de dónde viene el vino bueno, lo cacarea sin prevención. Y así el mayordomo se toma el atrevimiento de avisar a los novios de Caná que han ofrecido un vino malo. Y el vino bueno que ahora se ofrece, no es de los novios, sino del Novio, Dios. Aunque la sinagoga se niegue más tarde a aceptar y beber de este vino que trae Jesús, sin embargo, ya está proclamada por el mayordomo la calidad traída por Dios.

“Todo el mundo pone primero el vino bueno”: El significado del vino para S. Juan es distinto del significado para el mayordomo. Si en las bodas terrenas se pone primero el vino bueno, en las bodas eternas ha sido al revés: primero el vino malo (la pretensión autosalvadora de la humanidad) y luego el bueno (la salvación real traída por Jesús).

“Y cuando ya están bebidos, el peor”: Aunque alguno se emborrache, no quiere decir el mayordomo que se aguarde a la borrachera

para poner el vino peor, sino que cuando los comensales, saturados por tanta comida y bebida, tienen embotado el paladar, ya no distinguen el mal vino que se les presenta. ¿Qué ofrece la sinagoga después de tantos siglos de comida y bebida? —¡Cualquier cosa! Ya no distinguen, han perdido el discernimiento de lo bueno y lo malo, cosa que conserva el discípulo:

«Pues todo el que se nutre de leche desconoce la doctrina de la justicia, porque es niño. En cambio, el manjar sólido es de adultos; de aquellos que, por costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal.» (Hebr. 4, 13-14).

“Tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora”: Se sirve al final el buen vino, es decir, el Evangelio llega después de la Ley, y llega con generosa abundancia y calidad.

1. **Simbolismo sacramental:** La multiplicación de los panes y la conversión del agua en vino hacen pensar en un simbolismo Eucarístico, aquí esbozado.
2. **Simbolismo pneumático:** Se ve en este simbolismo del agua el “régimen del Espíritu”, que no sería donado hasta después de la muerte y glorificación de Cristo.

La sustitución del antiguo régimen por el nuevo es el tema de casi toda la sección posterior del Evangelio de S. Juan:

▶ **El nuevo nacimiento:**

«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios... el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.» (Jn. 3, 3, 5).

- ▶ **La desaparición del Bautista** (Antiguo Testamento) ante uno más grande que él, Jesús (Nuevo Testamento):

«Es preciso que él crezca y que yo disminuya.» (Jn. 3, 30).

- ▶ **La sustitución del agua del pozo de Jacob por el agua viva:**

«Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.» (Jn. 4, 10).

- ▶ **La instauración de un culto nuevo en el Espíritu:**

«Créeme, mujer (la Samaritana), que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos **adorarán al Padre en espíritu y en verdad**, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren.» (Jn. 4, 21-23).

La misma doctrina se nos impartirá sobre el nuevo culto referido al templo de su cuerpo.

Al oponerse así los dos regímenes, S. Juan quería destacar la insuficiencia profunda del Antiguo Testamento; la Ley estaba desprovista del vino necesario para las bodas mesiánicas. Si Cristo aquí “*convierte*” el agua en vino, no es para instituir una economía totalmente nueva, sino para “perfeccionar la Ley”. Es, por tanto, la contraposición de dos economías, destacándose el Espíritu que anima a la Ley Nueva.

Pero a la hora de la boda todavía no está plenamente establecido el nuevo régimen: “*No tienen (el) vino*” mesiánico.

Y es la Virgen María (mediadora) la que, como Madre espiritual de los hombres, pide a Cristo el cambio de economía y que establezca el Reino de Dios.

Si Cristo tiene ansias de su muerte redentora y está constreñido hasta que llegue, S. Juan presenta a la Virgen María asociada a la misma obra de Jesús con las mismas ansias de “alumbramiento” (“*Hija de Sion*”), para ser Madre espiritual de los *nuevos vivientes*. María es la “Nueva Eva”.

- 3. Simbolismo doctrinal:** La conversión del agua en vino se va a hacer “dentro” de unas jarras de piedra que estaban allí “*para las purificaciones de los judíos*”. Estas tinajas estaban llenas del agua de la Ley de Moisés. El agua de la purificación ritual representa el legalismo judío. Es ésta una imagen que va a hablar, a la luz del “simbolismo”, de un cambio en algo que caracteriza bien el judaísmo decadente.

El vino (mesiánico) va a sustituir y superar al agua de las jarras judaicas (judaísmo). Era tema muy extendido en el judaísmo después del destierro, que éste estaba “estancado”: no había profetas, la palabra de Dios no se dejaba oír:

«*Sus puertas en tierra se han hundido, él ha deshecho y roto sus cerrojos; su rey y sus príncipes están entre las gentes;*

¿ya no hay Ley! Y tampoco sus profetas logran visiones de Yahveh.» (Lam. 2, 9).

*«No vemos nuestras enseñas, **no existen ya profetas**, ni nadie entre nosotros que sepa hasta cuándo.» (Sal. 74, 9; cf. 1 Mac. 4, 46; 14, 41).*

La Ley había caído en un ritualismo formalista y materialista. Los judíos jugaban a santos. De ahí que las palabras “*no tienen vino*” simbolizan para S. Juan la carencia de autenticidad religiosa y el estancamiento judío en la vida religiosa.

Jesús transforma el agua de la Ley Antigua en el vino de la Ley Nueva, cuando Él mismo se manifiesta. La “*purificación*” cristiana ya no se realizará por medio de la Ley, sino por el Evangelio, por la palabra de Cristo (Jn. 15, 3), por su verdad (cf. Jn. 8, 32).

“*No tienen vino*”. ¿Tienes tú? –Pídeselo a la Virgen María, pero no juegues al hipócrita. Ella te lo dará con generosa abundancia: “*llenad las tinajas*”.

La extrañeza del maestresala, de que el vino mejor se guardó para el fin, sería la alusión joánica al Nuevo Testamento. San Lucas diría viendo la cara contraria de la moneda:

«Nadie, después de beber el vino añejo, quiere del nuevo porque dice: “El añejo es el bueno.”» (Lc. 5, 39).

«El vino nuevo que ofrece Jesús no es del gusto de los que han bebido el vino añejo de la Ley. Esta última idea, propia de Lucas, refleja... la experiencia de Lucas, discípulo de Pablo, que conoce las dificultades de la misión entre los judíos.» (Nota de la BIBLIA DE JERUSALÉN).

Se va a sustituir el agua por el vino con verdadera abundancia, pues las jarras son muchas y grandes y se llenan “*hasta arriba*”.

El vino va a ser símbolo de la alegría mesiánica, conforme a la tradición profética del Antiguo Testamento:

*«La hierba haces brotar para el ganado, y las plantas para el uso del hombre, para que saque de la tierra el pan, y el **vino que recrea el corazón** del hombre, para que lustre su rostro con aceite y el pan conforte el corazón del hombre.» (Sal. 104, 14-15).*

«Les respondió la vid: “¿Voy a renunciar a mi **mosto**, **el que alegra a los dioses y a los hombres**, para ir a vagar por encima de los árboles?”» (Juec. 9, 13).

«**El vino y la música ponen contento el corazón**, pero más que ambas cosas el amor a la sabiduría.» (Si. 40, 20).

La donación de este vino se va a hacer en un “banquete”. Este dato nos lleva con orientación bíblica a dos elementos de importancia:

- a. El banquete de la Sabiduría:** En los Proverbios, el autor pone a la Sabiduría invitando a los hombres a incorporarse a ella bajo la imagen de un banquete:

«Ha hecho su matanza, **ha mezclado su vino**, ha aderezado también su mesa...

Venid y comed de mi pan, **bebed del vino que he mezclado.**» (Prov. 9, 2, 5).

«¡Oh, todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad y **comed, sin plata, y sin pagar, vino y leche!** ¿Por qué gastar plata en lo que no es pan, y vuestro jornal en lo que no sacia? Hacedme caso y comed cosa buena, y disfrutaréis con algo sustancioso.» (Is. 55, 1-2).

La escena de la vocación de los primeros discípulos está dominada por el tema de la Sabiduría, que invita a los hombres a recibir su enseñanza y a meterse en su escuela. Jesús es la Sabiduría que recluta a sus discípulos, la Sabiduría que es preciso buscar para encontrarla. Entonces ella conduce a sus discípulos hasta el banquete en donde ella les da el vino de la enseñanza y de la doctrina que conduce a la vida:

«La Sabiduría ha edificado una casa, ha labrado sus siete columnas, ha hecho su matanza, ha mezclado su vino, ha aderezado también su mesa. Ha mandado a sus criadas y anuncia en lo alto de las colinas de la ciudad: “Si alguno es simple, véngase acá.” Y al falto de juicio le dice: “Venid y comed de mi pan, **bebed del vino que he mezclado**; de-jaos de simplezas y viviréis, y dirigíos por los caminos de la inteligencia.”» (Prov. 9, 1-6).

¿San Juan tiene en mente este pasaje de Proverbios cuando relata las Bodas de Caná?

b. El desposorio de Yahveh con su pueblo: El amor de Yahveh con su pueblo, expresado bajo la imagen de un *desposorio*, es uno de los temas tradicionales en Israel.

S. Juan ve en este “simbolismo” a Cristo Sabiduría, que cambia la vieja economía, simbolizada en las “*jarras para la purificación de los judíos*”, purificando así sus mismas purificaciones, ve un trasfondo del tema y la imagen tradicional de los “desposorios” de Yahveh con su pueblo.

Cristo bendice con su presencia las bodas, pero al mismo tiempo simboliza la nueva fase de su “desposorio” mesiánico con Israel.

“*Vino bueno*”: El esposo de Caná es progresivamente reemplazado por Jesús, mientras que la esposa se halla totalmente ausente, su papel pasa a ser representado por María SS. Jesús y María actúan como si verdaderamente fueran los esposos principales del relato.

«*El esposo de estas bodas representaba a la persona del Señor; es a él (al Señor) a quien se dice: “Tú has guardado el vino bueno hasta ahora.”*» (SAN AGUSTÍN).

El “*vino bueno*” es:

- La encarnación del Verbo.
- La Maternidad divina de María SS.
- La Maternidad espiritual de María SS.
- La Redención de Cristo Jesús.
- El Evangelio.
- La Iglesia.
- La efusión del Espíritu Santo.
- El retorno del Padre filiando al hombre en Cristo Jesús.

Jesús toma sobre sí el papel del esposo de Caná y viene a ser, en el ámbito espiritual, el Esposo verdadero de todo el episodio, es decir, de la Iglesia.

Esta interpretación se confirma con una palabra que Juan el Bautista pronuncia un poco más tarde, cuando designa a Jesús como el *Esposo*. Juan, “*el amigo del Esposo*” (Jn. 3, 29), ha “*venido a bautizar en agua para que él fuese manifestado a Israel*” (Jn. 1, 31); ahora “*se alegra grandemente*” porque ha oído la voz del *Esposo*. Su misión se ha

cumplido, porque Jesús se ha revelado como el *Esposo*. “*Preciso es que Él crezca y yo mengüe*”: así acaba el cántico nupcial del Bautista (cf. Jn. 3, 29-30).

Jesús da un vino de calidad “*el vino bueno (καλὸν)*” [v. 10], el vino mesiánico; pero este vino es, al tiempo, “*el vino de las bodas*” (v. 3). Se había acabado el vino, pero Jesús lo otorga en abundancia.

“*Así, en Caná de Galilea*”: Quiere S. Juan dejar constancia de la cualidad pagana (Galilea) del lugar donde Jesús inició los signos de salvación.

Este verso 11 de S. Juan Evangelista resume la intencionalidad de Jesús con su asistencia a las Bodas de Caná. El juicio teológico del pasaje sería: la “*gloria*” de Jesús.

“*Jesús comenzó sus signos*”: ¿Quién le hizo comenzar a Cristo Jesús? –Su SS. Madre.

Otra lectura más autorizada de este verso 11 sería:

«*Esto (lo que precede) hizo Jesús (como) principio de las señales en Caná de Galilea*»

Y continuarán operantes en su Iglesia estas señales, iniciadas en Caná, hasta la consumación de los siglos.

La primera parte del versículo algunos la suelen traducir:

«*Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea.*» (Jn. 2, 11).

Otros, como Bover, traducen:

«*Éste, que fue el principio de los milagros, hízolo Jesús en Caná de Galilea.*» (Jn. 2, 11).

La diferencia entre el *primer* milagro y el *principio* de los milagros (signos) es la que encuentras entre la *primera* hora del día y el *comienzo* del día. Después de la 1ª hora viene la 2ª, luego la 3ª, etc.; llega

un momento en que la 1ª hora ha pasado hace mucho tiempo. Pero el *principio* del día indica que el día ha comenzado y que va a continuar hasta el anochecer; es la fase inicial de una realidad que *permanece*, el día, hasta que el Sol se pone y llega la noche.

El “*principio de los milagros*” no es un hecho momentáneo que va seguido cronológicamente por otro milagro, sino que es la *puesta en marcha de algo milagroso que continúa* desarrollándose hasta el final del Evangelio, hasta la consumación de los siglos.

El signo de Caná es el “*arquetipo*” de todo lo que va a seguirle, es la clave que te permite leer y entender la trabazón del cuarto Evangelio, todo él preñado del nuevo vino de la vida.

¿Cuál es el complemento directo del verbo “*ἐποίησεν (hizo)*”?
¿Qué hizo?:

- Si la respuesta es “*ἀρχὴν (principio)*”, entonces es preciso traducir: “*Jesús hizo este principio...*”, lo cual no tiene sentido.
- Pero el complemento directo de “*ἐποίησεν*” es “*ταύτην (esta)*”, que se encuentra aquí en femenino, en lugar del neutro “*ταῦτο (esto)*”.

Ajustándonos a una forma muy literal, deberíamos traducir: “*Esto (lo que precede) hizo Jesús (como) principio de las señales en Caná de Galilea*”.

¿Qué quiere decir todo esto? –El maestra sala acaba de llamar la atención al joven esposo de Caná: “*Amigo mío, has hecho las cosas al revés; en contra de toda costumbre, Tú has reservado el vino bueno hasta ahora*”.

Y he aquí que casi 70 años más tarde del acontecimiento de las Bodas de Caná, S. Juan escribe: “*Esto (precisamente) es lo que, como principio de los signos, hizo Jesús*”.

En este punto del texto ocurre algo curioso. Nos vemos desplazados de la época de los hechos históricos de las Bodas de Caná, a la época del texto escrito de S. Juan. Dicho de otra manera: nos vemos desplazados del tiempo de Jesús cuando interviene en las Bodas de Caná, al

tiempo de Juan cuando escribe su evangelio, y, por consiguiente, nos vemos desplazados del esposo de Caná a Jesús, Esposo de la Iglesia.

Que el *Esposo de Caná* haya “*reservado el vino bueno hasta ahora*”, es precisamente “*esto*” lo que el evangelista transfiere y aplica a *Jesús*: ¡es Jesús, pues, el verdadero Esposo!

“*Manifestó su gloria*”: ¿No fue por Eva por quien comenzó a manifestarse en Adán el esplendor del pecado? –Pues justo es que, por otra mujer, María SS., se inicie la manifestación de la gloria de Dios. El milagro (“*σημείων*”) es la manifestación de la “*gloria (δόξαν)*” de Jesús.

Pero en qué consiste esta gloria de Jesús:

«*Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.*» (Jn. 1, 14).

Se trata de la gloria y esplendor de la divinidad:

«**EL MILAGRO REVELA AL REY DE LA GLORIA.**

Con este signo manifestó que él era el Rey de la gloria (cf. Sal. 24, 10: “¿Quién es ese rey de gloria? Yahveh Sebaot, él es el rey de gloria”), y por tanto el esposo de la Iglesia; asistía a las bodas como uno de nosotros, pero, por ser Señor de cielo y tierra, convertía los elementos según su voluntad. Es hermosa la concurrencia de las cosas: el que comenzando los signos que había de mostrar a los mortales, siendo mortal convirtió el agua en vino, el mismo, hecho inmortal por la resurrección, comenzó los signos que mostraba sólo a los que desean la vida inmortal... Hermanos carísimos, veneremos con toda el alma estas bodas de Cristo y de la Iglesia, que entonces se representaban en una aldea, y ahora se celebran en el mundo entero.» (S. BEDA, Homilías sobre los Evangelios, 1, 14; CCL 122, 103).

“*Y creció la fe de sus discípulos en él*”: Ante un acontecimiento de este calibre, los discípulos quedaron sobrecogidos por el esplendor de lo divino, y se fortalecieron en la fe en Jesús como el Mesías prometido a su pueblo.

«EL MILAGRO DEMUESTRA QUE JESÚS ES EL HIJO.

Creyeron los discípulos, no que Jesucristo era hijo de la Virgen – eso ya lo sabían–, sino que era el Unigénito del Altísimo, como lo probaba el milagro. También nosotros, hermanos, hemos de creer de todo corazón que, el mismo del que confesamos ser Hijo del hombre, es el Hijo de Dios. Hemos de creer que Él participa de nuestra naturaleza, y que tiene la misma substancia del Padre; puesto que asistió a las bodas como hombre, y como Dios convirtió el agua en vino. Para que nuestro Señor, propicio por los méritos de esta fe, se digne saciar también nuestra sed con el vino de la gracia que no embriaga.» (S. MÁXIMO DE TURÍN, Sermones, 23; PL 57, 276).

El “*crecimiento de la fe de sus discípulos*” no es sólo crecimiento de la fe de los discípulos, allí presentes en las Bodas de Caná, sino que el crecimiento de la fe lo es de toda la Iglesia a través de los tiempos, presente en los discípulos de Jesús:

«EL MILAGRO CONTINÚA EN EL BANQUETE DE LA IGLESIA.

Cuando Cristo transformó claramente el agua en vino gracias a su poder, toda la gente se llenó de alegría, al encontrar agradable el gusto de aquel vino. Ahora podemos todos participar del banquete de la Iglesia, porque el vino se ha transformado en la sangre de Cristo y todos nosotros lo bebemos en santa alegría, glorificando al gran Esposo. Porque el verdadero Esposo es el Hijo de María, el Verbo que existe desde la eternidad, el que ha asumido la condición de esclavo y que todo lo ha hecho con sabiduría.» (ROMANO EL CANTOR, Himno breve sobre la boda de Caná, 18, 20; SC 110, 320).

“*Después bajó a Cafarnaúm*”: Ciertamente es bajada, pues Caná está a una altura entre 400 y 500 m. s. n. m., y Cafarnaúm está a 208 m. b. n. m. Hay más de 600 m. de desnivel.

“*Con su Madre y sus hermanos y sus discípulos*”: La Madre de Jesús está aquí insinuada como Madre de la Iglesia.

La expresión “*hermanos*” tiene en las Sagradas Escrituras varias acepciones:

- **Hermano carnal** (cf. Gén. 37, 16; 42, 13).
- **Primo** (cf. 1 Crón. 23, 21-22).

- **Tío** (cf. 2 Crón. 36, 10; 2 Rey. 24, 17; Jer. 37, 1).
- **Sobrino** (cf. Gén. 13, 8; 14, 14, 16).

Para entendernos, S. Juan está hablando de los parientes de Jesús, no de los hijos de María. Sólo se nombra como hijo de María a Jesús.

S. Mateo dirá:

«¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre **María**, y sus hermanos **Santiago y José**, y **Simón y Judas**?» (Mt. 13, 55; cf. Mc. 6, 3).

Pero conocemos a los padres de estos cuatro hermanos:

“*María la de Santiago*”: No es fácil delimitar la filiación de esta María. Aquí no parece que esté mencionando en Santiago al esposo, sino al hijo. ¿Quién era su esposo? –Poco antes había dicho S. Marcos:

«*María Magdalena y María la de Josef se fijaban dónde era puesto* (Jesús en el sepulcro).» (Mc. 15, 47).

Se supone que esta María es la misma María que acompaña también a María Magdalena y a Salomé al sepulcro. Pero el tal Josef no es tampoco esposo, sino hijo.

«*Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena.*» (Jn. 19, 25).

Aquí no cabe duda que el esposo es “*Clopás*” (Cleofás), uno de los discípulos de Emaús:

«*Uno de ellos llamado Cleofás le respondió* (a Jesús): “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?”» (Lc. 24, 18).

El otro discípulo de Emaús parece que es Simeón, hijo de Cleofás, segundo obispo de la Iglesia de Jerusalén, como dice Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica.

S. Mateo menciona al padre de Santiago, hijo de esta María, y no es Cleofás:

«*Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Cananeo.*» (Mt. 10, 3-4; cf. Mc. 3, 18; Lc. 6, 15; Hech. 1, 13).

Entonces parece como si María tuviera dos esposos: Alfeo y Cleofás. Los nombres no se prestan a confusión. Son claramente diferentes. ¿Cómo armonizar entonces esta aparente bigamia? –María, la esposa de Cleofás, se la menciona con cuatro hijos varones junto a ella: **Simón** (Simeón, el discípulo de Emaús) y **Judas, Santiago** el Menor y **José**, siempre emparejados de dos en dos, lo que da a entender que hay una mayor unidad en cada una de las parejas:

«*¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago y José, y Simón y Judas?*» (Mt. 13, 55; cf. Mc. 6, 3).

Parece que la razón se debe a que María se casó dos veces, la primera con Alfeo, de quien son hijos Santiago el Menor y José; la segunda vez se casó con Cleofás, hermano de San José, de quien son hijos Simón y Judas.

Según esta hipótesis probable, María, mujer de Cleofás, sería cuñada de la SS. Virgen María, como parece indicar el texto bíblico anterior, y los cuatro hijos serían sobrinos de la Virgen María y primos de Nuestro Señor.

«**LOS HERMANOS SON PARIENTES DE MARÍA.**

Se inquietan algunos porque en el principio de esta lectura del evangelio se dice que, al bajar el Señor a Cafarnaúm, lo siguieron no sólo su madre y sus discípulos, sino además sus hermanos. Y no han faltado herejes que pensando que José, el esposo de la Santísima Virgen María, engendró de otra esposa a los que la Escritura llama hermanos del señor. Con mayor perfidia piensan otros que él los engendró de la misma María después del nacimiento del Señor. Pero nosotros, hermanos muy queridos, sin escrúpulo de otra cuestión, debemos saber y confesar que no sólo la santísima Madre de Dios, sino el que fue testigo y custodio de su castidad, el santísimo José, se mantuvo siempre inmune de cualquier acto conyugal. Y los que se dicen hermanos o hermanas

del Salvador, según el modo que usa la Escritura, no son hijos sino parientes suyos. Es como Abrahán habla a Lot: “Por favor, no haya discordia entre tú y yo, entre mis pastores y los tuyos, ya que somos hermanos” (Gén. 13, 8). Y Labán a Jacob: “¿Acaso por ser pariente mío me vas a servir de balde?” (Gén. 29, 15). Y ciertamente hay constancia de que Lot era hijo de Arán, hermano de Abrahán (Gen. 11, 27). Y Jacob, hijo de Rebeca, hermana de Labán (cf. Gén. 24, 28-29). Pero se les llama hermanos por razón de parentesco. Por esta regla que, como he dicho, es muy frecuente en la Sagrada Escritura, hay que entender que a los parientes de María o de José se les llama hermanos del Señor.» (S. BEDA, Homilías sobre los Evangelios, 2, 1; CCL 122, 184).

Los “discípulos” de Jesús están formando parte de la nueva familia de Jesús. Tienes aquí ya a la Iglesia en marcha: en descenso hacia la pagana Cafarnaúm, pero para elevarla hasta la Jerusalén deicida, donde será purificada de su pecado.

“Pero no se quedaron allí muchos días”: La cercanía de la Pascua judía, que anuncia S. Juan a continuación, pone en marcha a Jesús y su comitiva hacia Jerusalén:

«Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.» (Jn. 2, 13).

La ascensión de Cafarnaúm hacia Jerusalén no se hace esperar. Será la primera Pascua de Jesús acompañado de sus discípulos, llamados en el lago de Cafarnaúm. Aquí comenzará la primera repulsa judía, y Jesús tendrá que volver a Galilea para cobijarse de los criminales que le asedian.

Ya está la Iglesia camino de la cruz: visitará Cafarnaúm pocos días, pero a Jerusalén la visitará hasta la muerte.